

ISSN: 0036-4703

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
SANTA MARÍA DE LOS BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SAPIENTIA

VOLUMEN LXXIV

FASCÍCULO 244



A. D. 2018

Buenos Aires

La revista SAPIENTIA es editada semestralmente por la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina *Santa María de los Buenos Aires*. Asimismo, oficia como órgano de la *Sociedad Tomista Argentina*. SAPIENTIA (ISSN 0036-4703, Dirección Nacional del Derecho de Autor N° 381.238) es propiedad de la *Fundación Universidad Católica Argentina*.

Los autores de los artículos publicados en el presente número ceden sus derechos a la editorial, en forma no exclusiva, para que incorpore la versión digital de los mismos al Repositorio Institucional de la Universidad Católica Argentina, como así también a otras bases de datos que considere de relevancia académica.

Las suscripciones se llevan a cabo completando el formulario correspondiente y efectuando el pago según los modos que figuran en el sitio *web* de la revista:
<http://erevistas.uca.edu.ar/index.php/SAP>.

SAPIENTIA se encuentra indizada en:

CLASE (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades); DIALNET; Fuente Académica Premier; HAPI (Hispanic American Periodicals Index); Latindex-Catálogo; Latindex-Directorio.

SAPIENTIA

Facultad de Filosofía y Letras, U.C.A.

Av. Alicia Moreau de Justo 1500, C1107AFD Buenos Aires - Argentina

(+54 11) 4349-0200, ext.: 1211

sapientia@uca.edu.ar - www.uca.edu.ar/sapientia

SAPIENTIA

Fundada en 1946 por Octavio Nicolás Derisi

Oscar Horacio Beltrán
Director

COMITÉ CIENTÍFICO

Mauricio Beuchot Puente
(Universidad Autónoma de México, México)

Mauricio Echeverría Gálvez
(Universidad Santo Tomás, Chile)

† Leo J. Elders, S.V.D.
(Gustav-Siewerth- Akademie, Ewilheim-Bierbronnen)

Yves Floucat
(Centre Jacques Maritain, Toulouse)

Francisco Leocata
(Pontificia Universidad Católica Argentina)

Jorge Martínez Barrera
(Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile)

Carlos Ignacio Massini Correas
(Universidad Austral, Universidad de Mendoza)

Héctor J. Padrón
(Universidad Nacional de Cuyo y Universidad Católica de Santa Fe, Argentina)

† Gustavo E. Ponferrada
(Seminario Mayor de La Plata, Argentina)

Vittorio Possenti
(Università degli Studi di Venezia)

Juan José Sanguinetti
(Pontificia Università della Santa Croce)

por la Sociedad Tomista Argentina

† María C. Donadio Maggi de Gandolfi
(Universidad Católica Argentina, Buenos Aires)

COMITÉ EDITORIAL

Mariano Asla *(Universidad Austral)*

Diego José Bacigalupe *(Seminario Arquidiocesano de La Plata)*

María Fernanda Balmaseda Cinquina *(UCA)*

Christián Carlos Carman *(Universidad de Quilmes)*

Claudio Conforti *(UNSTA)*

Agustín Echavarría *(Universidad de Navarra)*

Juan Francisco Franck *(Austral, UNSTA)*

Juan Andrés Leverman *(UCA)*

María Liliana Lukac de Stier *(UCA-Sociedad Tomista Argentina)*

Marisa Mosto *(UCA)*

Carlos Taubenschlag *(UCA)*

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Pablo Alejo Carrasco

ANDRÉS J. MAGLIANO

*Seminario Mayor “San José”
La Plata – Argentina
andresjmagliano@gmail.com*

Mons. Gustavo E. Ponferrada, una mirada desde su Seminario

Comienzo con una anécdota sencilla: le propusimos en una oportunidad al P. Ponferrada que escribiese una ética para universitarios; pero algo más accesible y con menos citas, con ejemplos e imágenes como las que usaba en clases (no tan citados como sus apuntes). Y nos contestó: “tienen razón, lo que pasa es que cuando escribimos estamos pensando más en el otro profesor que nos leerá y hará su crítica que en el alumno que verdaderamente aprovechará el libro”.

En el Seminario lo vivimos como un profesor que quería darnos lo necesario para la vida, y en nuestro caso para la formación sacerdotal que pedía, no solo un uso instrumental de la filosofía en vistas a la teología, sino los temas de fondo que se tejían en la cultura contemporánea. Así es que cuando algún profesor se dedicaba a “promocionar su tesis” o a sutilezas que él consideraba no fundantes, solía criticarlo con su fina ironía o hasta enojarse. Vale otra anécdota de un examen en donde un alumno intentaba explicar algo de Heidegger y un profesor de la casa luego de corregirle todo le recomendó leer un libro sobre dicho autor. A ello contestó: “Y si entendés algo, decime.”

Es verdad que a veces, luego de varios años de tenerlo como profesor, sus explicaciones, pero sobre todo las críticas que hacía a algunos de los pensadores modernos

parecían un tanto simplistas. Mons. Levoratti calificaba a alguno de sus opúsculos como “catecismo filosófico”. De nuestra parte, salvando las distancias de capacidad, se podía dar algo de lo que el Card. Ratzinger ponía en su autobiografía: jóvenes llenos de preguntas que se encontraban con todas las respuestas. Estaba claro que no era por falta de conocimiento y capacidad: cuando lo corríamos con alguna objeción cambiaba el tono y demostraba claramente quién era el que llevaba la clase. Además, con el tiempo, con el estudio de otras materias, y con el roce que da la vida, pudimos gustar la sabiduría que había contenida en la cierta simplicidad de sus explicaciones. Así como luego de muchos años de ministerio sacerdotal redescubrimos lo luminoso y profundo del catecismo que dice siempre más de lo que dice.

Su rol de profesor también se prolongó en muchos ámbitos de formación laical: el Instituto de Teología de La Plata “Antonio José Plaza”; el Instituto Terrero, un profesorado terciario que ha dado gran cantidad de docentes en nuestra ciudad, e incluso la Universidad Nacional de La Plata, siendo sucesor de Mons. Derisi. El servicio de fundamentar el pensamiento de manera que se pudiese abrir sin temor y teniendo algo que ofrecer se dio también en estos ámbitos.

Participó de distintos círculos, incontables conferencias, en gran medida también fuera del ámbito eclesial. Su capacidad de relacionarse era notable y combinaba una impronta solemne con la facilidad de contacto y cercanía. Por muchos años celebraba la misa en la capilla de unas hermanas con colegio y seguido saludaba con un beso a todos los niños que entraban al jardín de infantes, tanto que no sabíamos cómo le aguantaba la cintura. Y esta plasticidad no solo era parte de su personalidad sino una faceta que consideraba importante en su ministerio sacerdotal.

En sus clases, que a medida que avanzaba su edad eran más anecdóticas, sobraban cuentos de sus tratos con Maritain y con Raissa, sus clases con Gilson, y hasta que llegó a conocer a Heidegger en una escalera. Los congresos en los que participó, los debates que llevó a cabo. ¿De qué nos hablaba? Del lugar que debe ocupar la Iglesia en el mundo del pensamiento y de la cultura, de la necesidad que tiene de luz y de Evangelio cada rincón de este mundo. Y que a ello solo se llega con cercanía, con empatía, y también con claridad de ideas; con convicción de que tenemos algo que ofrecer. Se comprendía como ministro de la Iglesia lanzándose a este aspecto de la misión que Ella tiene en el mundo.

Nos costó comprender el ministerio sacerdotal del P. Ponferrada. A la luz de lo que hoy la Iglesia nos pide en la formación sacerdotal y la búsqueda de que seamos hombres completos y para ello atendamos a las distintas dimensiones de nuestra persona, en orden a la caridad pastoral, veíamos en estos sacerdotes una impronta demasiado unilateral. No lo planteábamos como una crítica a su persona sino con cierto temor de que en la Iglesia se nos envíe a ciertas trincheras y luego quedemos solos ahí. Parecía que el P. Gustavo había quedado un tanto solo en la trinchera que defendía un tomismo en retirada. Sus grandes mentores como Mons. Derisi, a quien admiraba y si era el caso corregía con profundo respeto, Mons. Blanco, por quien tenía una secreta admiración y otros, ya no estaban.

Sobre él y sobre muchos de su generación nos preguntábamos respecto a su soledad. El P. Gustavo tenía muchos amigos laicos y tal vez allí encontró más terreno fértil para algún discipulado. No tanto dentro del clero. La dispersión que generaba un seminario que acogía de tantas partes y el paso del tiempo puede haber contribuido, pero no se veían muchos lazos de amistad con sacerdotes. Tal vez muchos estaban educados para la trinchera. Y aunque hoy

haya muchas más expresiones e iniciativas la realidad de la amistad sacerdotal sigue estando pendiente en la Iglesia.

Solía decir que nunca le había costado la obediencia, y parecía que tampoco la soledad. Los últimos años nos reclamaba mucho que lo acompañemos y tanto por parte de los seminaristas como de los empleados ahí se escribió, a mi gusto, una de las páginas más hermosas del Seminario. Esa retirada y soledad, asumir su modo simple en las clases, el estilo de su vida, pasaron a tener sabor de Misterio Pascual, en donde más que ejército que se repliega hay granos de trigo que caen en tierra esperando fructificar.

Para entender los últimos años de su vida debemos hablar de la relación de Mons. Ponferrada con el Seminario “San José” de La Plata. Todos los obispos que conocí le demostraron gran respeto, cariño y en ellos tanto como en los rectores, formadores y seminaristas estaba la convicción de que el P Gustavo debía vivir y morir en el Seminario, su casa. Creo que no se puede decir mucho más: era su casa y resultaba impensable que viviese en otro lugar. Conocía la historia de cada piedra y era un anecdotario sin fondo que en todo momento traslucía cariño. Desde el trato con los grandes de otra época hasta sus conquistas en favor de desprenderse de ciertas costumbres que ya estaban fuera de época. Con su acostumbrada picardía tenía algo que decir de cada exalumno que ahora era obispo. Era su casa, su familia, parte de él.

Lo quisimos mucho a Ponfe. Fuimos entendiendo que no solo el Seminario sino la Iglesia era su casa, y siempre intentó estar al servicio de ella. A su modo, según le fueron pidiendo y él fue pudiendo. Dejándonos inmensos bienes y sacrificando tal vez más de lo que pudimos ver para ello. Los dos últimos años de clases eran casi todo anécdotas, y a los seminaristas les tocaba estudiar los contenidos por otro lado, de sus famosos apuntes. Nadie se quejaba. Todos entendíamos la importancia de acompañar a un sacerdote en

los últimos pasos de su vida. Se lo visitaba y hasta higienizaba con veneración. Entendíamos que había entregado su vida por la formación de los sacerdotes, de los laicos, por el bien de la Iglesia y su lugar en la sociedad. En los últimos tiempos, cuando era muy difícil mantener una conversación, al llevarle la Eucaristía se “conectaba” y la recibía con demostraciones de devoción. Para nosotros todo este último tiempo fue una de sus mejores lecciones: no quejándose (salvo de que lo dejáramos solo), aceptando sus limitaciones, su vejez, su modo distinto de vivir el sacerdocio.

En la Misa exequial decíamos que era el último de una época que había dado tanto y de la que sin poder y tener que repetirla debíamos aprender mucho, dar gracias. Es lo queremos seguir haciendo con nuestro querido Ponfe.

Índice

Índice del Volumen LXXIV

Fascículo 244

ARTÍCULOS

ABEL MIRÓ I COMAS <i>El verbo del corazón en el oficio de sabio</i>	7
MARTÍN SUSNIK, <i>Arendt y Santo Tomás: mal, ignorancia e irreflexión</i>	53
LORENZO VICENTE BURGOA, <i>La función abstractiva como distintivo básico de la inteligencia humana</i>	113

CÁTEDRA DERISI

RAÚL ARLOTTI, <i>Variaciones del concepto de virtud en el pensamiento político moderno</i>	145
JOSÉ LUIS RINALDI, <i>Ética de la virtud vs. “éticas contemporáneas”</i>	155
EUGENIO YÁÑEZ ROJAS, <i>¿Ocaso de la ética de las virtudes?</i>	167

NOTAS Y COMENTARIOS

FELIPE A. MATTI, <i>Semana de la Filosofía</i>	181
LAURA CORSO, <i>Crónica “XIV Jornadas de Iustitia et Iure”: naturaleza y teoría política en el pensar medieval y renacentista</i>	185

PONFERRADA IN MEMORIAM

ANDRÉS J. MAGLIANO, <i>Mons. Gustavo E. Ponferrada, una mirada desde su Seminario</i>	191
MARÍA CELESTINA DONADÍO MAGGI DE GANDOLFI, <i>Monseñor Gustavo E. Ponferrada. In Memoriam</i>	197

ELDERS IN MEMORIAM

JÖRGEN VIJGEN, <i>In memoriam Leo J. Elders S.V.D.</i>	209
R.P. LEO J. ELDERS, <i>SVD, Retrospectiva</i>	221

BIBLIOGRAFÍA

MICHEL BASTIT, <i>Le principe du monde. Le Dieu du philosophe</i> (Luis Fernández)	231
MARISA MOSTO, <i>La búsqueda de la salvación. Ensayos filosóficos</i> (Gerald Cresta)	240
VERÓNICA BENAVIDES, <i>El problema de la creación del mundo. San Agustín en el siglo XIII</i> (Héctor Delbosco)	243
IGNACIO ANDEREGGEN, <i>Theologia Moderna. Radici filosofiche, Raíces filosóficas, Racines philosophiques, philosophical Roots</i> (Patricia Elena Schell)	246